

EN EL ÁLBUM
DE LA
SENORITA PAZ BARROSO

No tan gallarda ni gentil ni bella
Fué del placer y del amor la diosa,
Ni tanta luz se condensó en la estrella,
Ni aroma tanta en la naciente rosa!

¿ Y quién ; oh joven inmortal ! sería
Digno cantor de tu celeste encanto,
Si tú le das la claridad al día
Y á los luceros el nocturno manto ?

Te dió la vida cuanto hermoso tiene ;
La juventud de gracias te rodea ;
La blonda Psiquis á besarte viene
¡ Y el amor en tus hombros aletea !

Las flores brotan do la planta pones ;
No hay alma que por verte no suspire...
Si eres diosa, ¡ la tierra no abandones !
Si eres mortal... ¡ que el cielo no te mire !

1888.

LA SERENATA DE SCHUBERT

¡ Oh, qué dulce canción ! Limpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
¡ Muchas tristezas y ternuras mías !
¡ Así hablara mi alma... si pudiera !
Así dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores !
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida : — ¡ Déjame ser bueno !
— ¡ Así sollozan todos mis amores !
¿ De quién esa voz ? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio, y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta...
¿ No la oís como dice : « hasta mañana ? »
¡ Hasta mañana, amor ! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece : « ¡ hasta mañana, beso ! »
¿ Por qué es preciso que la dicha acabe ?
¿ Por qué la novia queda en la ventana,
Y á la nota que dice : « ¡ hasta mañana ! »
El corazón responde : « ¿ quién lo sabe ? »

7.

¡ Cuántos cisnes jugando en la laguna!
 ¡ Qué azules brincan las traviesas olas!
 En el sereno ambiente ¡ cuánta luna!
 Mas las almas ¡ qué tristes y qué solas!
 En las ondas de plata
 De la atmósfera tibia y transparente,
 Como una Ofelia náufraga y doliente,
 ¡ Va flotando la tierna serenata!...
 Hay ternura y dolor en ese canto,
 Y tiene esa amorosa despedida
 La transparencia nítida del llanto,
 ¡ Y la inmensa tristeza de la vida!
 ¿ Qué tienen esas notas? ¿ Por qué lloran?
 Parecen ilusiones que se alejan...
 Sueños amantes que piedad imploran,
 Y como niños huérfanos, ¡ se quejan!
 Bien sabe el trovador cuán inhumana
 Para todos los buenos es la suerte...
 Que la dicha es de ayer... y que « mañana »
 Es el dolor, la obscuridad, ¡ la muerte!
 El alma se compunge y estremece
 Al oír esas notas sollozadas...
 ¡ Sentimos, recordamos, y parece
 Que surgen muchas cosas olvidadas!

 ¡ Un peinador muy blanco y un piano!
 Noche de luna y de silencio afuera...
 Un volumen de versos en mi mano,
 Y en el aire ¡ y en todo! ¡ primavera!
 ¡ Qué olor de rosas frescas! en la alfombra
 ¡ Qué claridad de luna! ¡ qué reflejos!

.... ¡ Cuántos besos dormidos en la sombra,
 Y la muerte, la pálida, qué lejos!
 En torno al velador, niños jugando...
 La anciana, que en silencio nos veía...
 Schubert en tu piano sollozando,
 Y en mi libro, Musset con su « Lucía. »
 ¡ Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
 ¡ Cuántos hermosos versos! ¡ cuántas flores!
 En tu hogar apacible ¡ cuánta calma!
 Y en mi pecho ¡ qué inmensa sed de amores!
 ¡ Y todo ya muy lejos! ¡ todo ido!
 ¿ En dónde está la rubia soñadora?
 ¡ Hay muchas aves muertas en el nido,
 Y vierte muchas lágrimas la aurora!
 Todo lo vuelvo á ver... ¡ pero no existe!
 Todo ha pasado ahora... ¡ y no lo creo!
 Todo está silencioso, todo triste...
 ¡ Y todo alegre, como entonces, veo!
 Esta es la casa.. ¡ su ventana aquélla!
 Ése, el sillón en que bordar solía...
 La reja verde... y la apacible estrella
 Que mis nocturnas pláticas oía!
 Bajo el cedro robusto y arrogante,
 Que allí domina la calleja obscura,
 Por la primera vez y palpitante
 Estreché con mis brazos, su cintura!
 ¡ Todo presente en mi memoria queda!
 La casa blanca, y el follaje espeso...
 El lago azul... el huerto... la arboleda,
 Donde nos dimos, sin pensarle, un beso!
 Y te busco, cual antes te buscaba,
 Y me parece oírte entre las flores,

Cuando la arena del jardín rozaba
 El percal de tus blancos peinadores!
 ¡Y nada existe ya! Calló el piano...
 Cerraste, virgencita, la ventana...
 Y oprimiendo mi mano con tu mano,
 Me dijiste también: « ¡hasta mañana! »
 ¡Hasta mañana!... Y el amor risueño
 No pudo en tu camino detenerte!...
 Y lo que tú pensaste que era el sueño,
 Fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

 ¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
 Ni unirán en mi alma su armonía,
 Schubert, con su doliente serenata
 Y el pálido Musset con su « Lucía. »

1888.

Á MI BUENO Y QUERIDO AMIGO

FRANCISCO DE GARAY Y JUSTINIANI

Mientras ufana la risa
 De tus labios no se aleje,
 Si quieres que te aconseje,
 ¡Ama aprisa!

Con rauda mariposeo
 Se va de ésta á aquella flor,
 En las alas del deseo,
 Libando el licor hibleo
 Del amor!

¡Seres y cosas felices
 Jamás tuvieron raíces!
 Se ven marchitas las rosas
 Y mustias las margaritas...
 ¡Pero no se ven marchitas
 Ni alondras ni mariposas!
 Con gentileza y donaire
 Se paran en donde quieren,
 Y cuando al cabo se mueren
 Su libre tumba es el aire!

¡Sé como ellas,
 Mientras tu destino rijas!...
 Por verse en el cielo fijas
 Están tristes las estrellas!
 Ama á cuantas

Te quieran también amar,
Porque siendo tantas, tantas,
¡ No las podrás recordar !

¡ Ama al vuelo !...

Que sólo las almas malas
Están prendidas al suelo :
¡ Todo lo que sube al cielo
Tiene alas !

Hoy, aquí, mañana, allá ;
Sin locura ni pasión,
Como quien de paso va
Y seguro de que está
En casa su corazón ;
Haz la amorosa comedia
Ó la comedia divina...
¡ Mas córtala si declina
En tragedia !

¡ Todo en risa, todo en risa !
¡ Todo entre galán y dama !
Sin amar á todas ama...
Pero aprisa, muy aprisa !
Que así, yendo sin cesar
De esta flor á aquella flor,
Cuando te quiera buscar
No te encontrará el dolor !

Mas ¡ ay ! que en esa infinita
Mudanza eterna del alma,
Todo nuestro ser agita
Sed insaciable de calma !

Sé para el amor travieso
En labios de hermosas locas,
Y allí conoce las bocas...
¡ Pero no conoce el beso !
En las breñas del camino
Se queda el alma cansada,
Como túnica de lino
Por las zarzas desgarrada !
Noche helada

Cae al campo solitario,
Como las noches del polo,
Y envuelto en ese sudario,
Queda el espíritu solo !

Quiso Dios

Que abran las almas el vuelo ;
Mas sólo llegan al cielo
Las que van de dos en dos.

Las otras vagan errantes,
En el espacio perdidas...
Pero, muertos ó inconstantes,
Ya no vendrán los amantes
De esas blancas prometidas !

Busca, busca á la mujer
Que da paz al pecho herido,
Y, en llegándola á tener,

Forma un nido !

¡ Los pájaros son muy sabios !
Huye la risa de prisa,
Y cuando se va la risa,
¡ Qué secos quedan los labios !
No vuelan las ilusiones
Ni ostentan sus ricas galas,

Sino teniendo por alas
 Dos alas de corazones!
 Haz pues lo que te aconsejo;
 Como la hermosa un espejo,
 Así el alma busca ansiosa
 Otra alma tierna y amada,
 Y sólo se mira hermosa
 Si en ella está retratada!

Intranquilo cazador
 Que marchas entre las flores,
 Sabe que huyen los amores
 Y que es eterno el amor!
 Y mientras para él no existe,
 Pierde el mirto su follaje
 Y aparece enfermo y triste;
 Mas ya verás cual se viste
 En Mayo, con rojo encaje.

Impacientes las palomas
 Vuelan por valles y lomas,
 De libres haciendo alarde,
 Con caprichoso volar,
 Pero, cuando cae la tarde,
 Regresan al palomar.

1888.

A JUSTO SIERRA

Después de leer su « Epístola al autor de LOS MURMURIOS
 DE LA SELVA. »

¿Por qué á la musa del dolor, huraña,
 Ha de volver el rostro quien tranquilo
 En limpia fuente de Tibur se baña?

Si en pobre choza, de quietud asilo,
 Vive en paz con la vida, cante ufano
 Los amores de Myrtis y Batilo.

Sabio es quien logró, por modo arcano,
 Redivivas mostrar las criaturas
 Del arte más hermoso: del pagano.

Prudente quien no busca las obscuras
 Bóvedas de los claustros ni sondea
 Del triste corazón las desventuras.

¡Aspire luz la voladora idea
 Y de Blandusia en el cerrado huerto
 Abeja de oro entre los mirtos sea!

No pienses, nauta, en el ignoto puerto
Ni búsqes en el mar alborotado
De náufraga ilusión el cuerpo muerto.

Bien sé que nuestro espíritu, agitado
Por recias olas del dolor, combate
Con los recuerdos vivos del pasado.

Bien sé que el corazón instante late,
Como quien llama á la insensible reja
De su cárcel, ansioso de rescate.

¡Todo es clamor de angustia, todo queja,
Y el antiguo ideal flota lejano
Como vela muy blanca que se aleja

En la muda extensión del océano!
¡Todo es congoja en la conciencia y duda,
Todo es naufragio en el dolor humano!

¿No miras á la Fe? Virgen desnuda,
Cayó, del barco, á los revueltos mares,
Y no hay marino que á salvarla acuda

La abandonan los dioses tutelares,
Y como á solitaria, única roca,
Se encarama convulsa á los altares;

Allí se acoge, compasión invoca,
Pero la mar rugiente sube fiera,
Y ya sus plantas encogidas toca...

¡Ay! De salvarla el hombre desespera,
Y en tan profundo y triste abatimiento
La esperanza no sabe lo que espera!

Á la tierra se inclina el pensamiento,
Como el sauce á la tumba; las zagalas
Ya su tierna canción no dan al viento.

Para subir al cielo no hay escalas
Y el alma enferma, que volar solía,
Fuerzas no tiene para abrir las alas.

Plañidera infeliz, la poesía
Lamenta con acento gemebundo
De sus dioses, ya idos, la alegría.

Guarda el Olimpo un ángel iracundo;
Y del espacio en la tiniebla inmensa
No asciende, rueda para siempre el mundo!

¿Para qué interrogar la sombra densa?
En medio éel dolor y de la duda
El arte es nuestra sola recompensa.

La belleza es verdad: abra desnuda,
Como Fryné, los brazos, y olvidemos...
La noche ha sido eternamente muda!

¿Á dónde va la barca? No sabemos!
Arrástrela á su antojo la corriente,
Y tú, para cantar, snelta los remos.

No claves la mirada en el Oriente:
Ya no aguarda, cual antes, á la Aurora,
Y en tócas de viudez hunde la frente!

Busca á la soberana redentora
Que es luz en nuestra noche de tristeza,
De « murmurante selva », habitadora.

¿No es acaso divina la belleza
Y consuelo inmortal la poesía
Que brota de la gran naturaleza?

Ella vierte en los pechos alegría,
Y recostados en su blanco seno,
Dormir podemos al caer el día.

Si el aire tiembla con la voz del trueno,
Ella dice al poeta: — todo es canto,
Todo es amor y vida, todo es bueno!

Es verdad que del templo sacrosanto
Á los verdes y ocultos bosquecillos
Ya no vienen las ninfas, suelto el manto.

La cigarra no canta en los tomillos,
Ni miramos, grabada en cornalina,
La imagen de Afrodita en los anillos.

No celebra las gracias de Corina
El tierno Ovidio, ni se llega al puerto
En voladora barca marfilina.

De Kipris el altar quedó desierto,
En largo sueño Anacreón reposa,
Y Eros agonizante, si no muerto.

¡Ay! Á la musa del placer hermosa
Estro mil veces le pedí y amparo
Con suplicante voz y clamorosa.

— Huyan de ti — la dije — el mozo ignaro,
El que á bárbaros dioses obedece,
El sabio enjuto y el canijo avaro.

Muere la vida apenas amanece,
Y yo como el poeta venusino
Busco las dichas que el placer ofrece.

Deja, pues, que las cante y al divino
Apolo Smynteo, amor de los helenos,
Húrtale para mí laurel y encino.

Pueblan el bosque Ninfas y Silenos
Y, de pámpano y yedra coronados,
Vuelvan los viejos dioses, ¡que eran buenos!

— ¡Así clamé! Los Númenes sagrados
Dejándome en el bosque entenebrido
Huyeron presurosos y callados.

Silente obscuridad había caído
De los cielos... ¡ni un astro ni una hoguera!
Y por los perros de Hécate seguido,

Engrifada la hirsuta cabellera,
Corvo y velludo sátiro corría:
La hojarasca aplastando en su carrera.

Ninguno á mis clamores respondía,
Y el cedro, envuelto en toga tenebrosa,
Llamarme con sus brazos parecía.

Entonces exclamé: — ¡Cuán venturosa
El alma del poeta á quien perfuma
La musa antigua con su olor de rosa!

¿Cómo ha de convertir á nuestra bruma
Los ojos, si los cisnes de Afrodita
Para que idilios trace, le dan pluma?

En él Virgilio, cual un dios, habita
Y cuando á Horacio sonriendo llama,
Horacio acude á la sagrada cita.

El dios de Klaros en verdad le ama,
Y ya su copa, de oro cincelado,
Hebé, para escanciársela, reclama:

¡Dichoso él, y mil veces desgraciado
Quien con la musa descreída brega
Y ver quiere, insensato, en el nublado!

Él con las Gracias y las ninfas juega,
Y es el rendido, venturoso amante
De la musa latina y de la griega.

Déjale, pues, en su Tibur fragante,
Mientras pensando en el problema eterno,
Nosotros vemos al obscuro Dante
Inclinado en la cima del infierno.

1888.

EL DIOS BUENO Y EL DIOS MALO

El Dios Malo dijo al Bueno :
— Dividamos la tarea ;
Haré cuerpos, daré formas,
¿Tú qué haces? — ¡ Yo, la Idea!
Y el Dios Bueno y el Dios Malo
Empezaron á luchar:
Dijo el Bueno : — ¡ Yo hago el cielo! —
Dijo el Malo : — ¡ Yo hago el mar! —
Y clavando la mirada
En la sombra entumecida,
El Dios Bueno, de la Nada
Brotar hizo Luz y Vida ;
Ya la pálida alborada,
Ya la estrella adormecida,
Ya la virgen, ya la hada,
Ya la fronda estremecida.
Arrancaron los querubes
Á sus alas niveas plumas,
Y las grandes fueron nubes,
Y las breves fueron brumas.
Con sus rizos color de oro
Se formaron los celajes...
Y guiaba Dios el coro
De sus pajes.
Poco á poco, cual un velo
De cerúleo terso tul,
Fué extendiéndose en el cielo

El gran manto de lo azul.
Y el Dios Malo en lo profundo
De su lóbrego barranco
Vió colérico, iracundo,
La victoria de lo Blanco.

Y al mirar á los querubes
Con ligeras, niveas plumas,
Hacer brumas, hacer nubes,
Con su rabia formó espumas.
¿ En el mar, cual roto encaje,
Veis la espuma que serpea?
Es la espuma de coraje
Del titán que forcejea.

Dijo el Bueno : — Ven y sube ;
Ve la nube que trae Mayo. —
Y el Demonio, en esa nube
Puso el rayo.

Miró Dios aquel flamígero
Corvo alfange de guerrero,
Y de él hizo nuestro alígero
Obediente mensajero.

— ¡ Á la sima! ¡ Á lo profundo!
¡ Tú en lo alto! ¡ Yo en el mar!
¡ Reinaremos á la par,
Tú, en el cielo; yo en el mundo!

Haz la luz que alegre y dora
Con su claridad el Orbe :
Yo haré la Noche que sorbe,
Á la Aurora!

Y de las hondas cisternas,
De las húmedas cavernas,
Como escuadorn de Titanes

Las sombras fueron brotando,
Pavorosas cabalgando
En crinados huracanes.

Miró Dios cómo subía
Aquel ejército mudo
Á combatir con el Día,
Y puso el sol como escudo.

Corrida y avergonzada
La turba de los gigantes
Hizo la noche callada,
Y Él, á esa esclava enlutada
La salpicó de brillantes.

Vencido en aquella guerra,
Rabioso por impotente,
El Diablo su negra frente
Hundió con ira en la tierra:
Y tal cayó Leviathán
Y tal pavor infundió,
Que de lo hondo brotó
Lanzando un grito el volcán.

Ya en su barranco escondido,
Por las sombras custodiado,
El Dios Malo hizo el olvido

Y el pecado.

Para tener un tesoro
Con que brindar al mortal,
Guardó en minas el metal:

¡Guardó el oro!

Allá el diamante que excita
El amor á la riqueza...

¡Al que vendió su pureza
Margarita!

¡Allí lo que se ha de hallar,
Si se quiere conseguir,
Nunca á fuerza de subir,
Siempre á fuerza de bajar!
¡No la luz que parpadea
En el espacio estrellado,
Sino la luz que chispea
En la noche del pecado!

Cuando, sepulto en el suelo,
Arder esas luces vió,
Á Dios dijo el Diablo: — ¡Yo
También ya tengo mi cielo!
Ya verás si las amantes
Y candorosas doncellas,
No prefieren mis diamantes
Á tus pálidas estrellas.
— Al fin, seguro en mi encierro,
En poder ya no me igualas,
Armas haré con el hierro;
Y con el plomo, haré balas!

Tomó el Dios Bueno, Inmortal,
El plomo tosco, lo alienta,
Y de ese humilde metal
Hizo la letra de imprenta.

**

El Dios Malo, de ira ciego,
Por el Bueno ya vencido,
Cayó, cual de rayo herido,
En hirviente mar de fuego.